

Aunque muy llamativas, el porcentaje de personas supersticiosas es bajo, comparado por ejemplo, con los zurdos, los que juegan a las loterías, o los que llevan el pijama en invierno debajo de la ropa. Sin embargo, a todos alguna vez, nos es concedida la excusa perfecta para lanzarnos al abrazo de semejantes creencias. Mi bautismo llegó un lluvioso martes, trece de Noviembre. La fecha había sido enmarcada con un rotulador en un periódico gratuito (al que a partir de ahora denominaré trinchera) que encontré en mi asiento. Recibí la noticia con una mueca de estúpida arrogancia que mutó, en cuestión de segundos, en un gesto similar pero de mayor desgarró y expresividad, al de El Grito de Munch. Mis dos amantes estaban subiendo al autobús, una detrás de la otra, todavía en la estación. Por supuesto, no se conocían. Mientras el conductor les cobraba e iniciaba la marcha, me parapeté tras la trinchera con un movimiento tan brusco que lancé al pasillo el bolso de la señora sentada a mi lado, a la que pedí perdón con un susurro inaudible. Intenté, en un ataque de hipersensibilidad auditiva, situarlas en el espacio. Ana, 23, estudiante, rubia, carné de conducir, vehículo propio, llamémosla Kill; en el asiento detrás del conductor, agua. Berta, 41, parada, morena, carné de conducir, vehículo propio, llamémosla Bill; justo delante de mí, tocado. La trinchera bien desplegada, la mirada perdida y un sudor glacial. Pensé en cuántas veces había defendido y alabado el uso del transporte público, Kill y Bill incluidas, y se me escapó un ¡bocazas! que motivó que la señora de al lado hiciera más presión con su codo intentando recuperar el espacio que mi trinchera le iba robando poco a poco. Salvación: si al menos una de las dos bajaba en la parada del centro comercial, hecho bastante probable, todo

quedaría en un susto macabro. Desgraciadamente, a solo dos paradas de la mía, quedaban cuatro viajeros. Un cadáver pretificado en una trinchera, Kill, Bill y la señora de al lado a la que ví marcar el 112 en el móvil después de observar la manera en que me contorsioné en el asiento llegando al centro comercial en espera del milagro. Ellas bajaron en mi parada, yo en la de la señora de al lado que me arreó un paraguazo mientras me gritaba pervertido al creer que la estaba siguiendo. Ahora soy supersticioso, y he dejado de creer en los milagros. Kill y Bill se conocieron en la puerta de mi casa y se hicieron amigas quedando en cafeterías para planear la venganza, magnífica en planteamiento y ejecución si soy tristemente objetivo. No tengo amantes e intento corregir mis problemas con la fidelidad. El psicólogo me ha sugerido que encuentre en mi vida ejemplos en los que me comporto como una persona fiel. Sólo he encontrado uno: a pesar de la encerrona de aquel día, ¡era martes y trece, qué demonios!, sigo usando, disfrutando y recomendando el autobús como medio de transporte.